

Servir con el Poder de la Mente

Luisa Romero de Johnston

Todo aquel que desee servir debe ser capaz de comprender que su trabajo llegará a ser significativo cuando pueda ser originado en los planos mentales elevados – el mundo de las energías superiores – en los cuales se generan los procesos creadores traducibles en el mundo cotidiano como manifestaciones del Plan. Esto es lo que conocemos como “trabajo subjetivo,” y supone un cambio de polarización, una orientación definida del hombre hacia su polo superior, o Ego, para convertirse en creador consciente, capaz de manipular la materia de acuerdo a las Leyes y la necesidad.

El hombre llega a esta etapa gracias a una vivencia que lo aproxima a la comprensión del Plan, al desarrollo de su propia capacidad y posibilidades como constructor y al conocimiento del mundo de las energías, pero sobre todo porque reconoce que es parte de un proceso vital mayor, necesario y universal.

El sentido de universalidad califica al verdadero servidor, y es la señal de que el foco de su atención ha salido del pequeño círculo del yo personal, para incorporar un entorno creciente por un proceso de elevación y expansión mental capaz de vencer cualquier limitación. El hombre se va haciendo universal en la medida en que vence sus apegos, sus deseos, su egoísmo, cuando deja de mirar hacia su pequeño yo personal y extiende la vista hacia el grupo, la humanidad, el mundo. Cuando se libera del espejismo de lo temporal y entra en la conciencia de lo eterno.

Así, al ampliar su visión, él se descubre a sí mismo como un miembro importante de la familia humana, como una célula en el cuerpo de una entidad mayor y como parte de un sistema de energías que lo condicionan y lo estimulan a ser conscientemente participativo. Es en esta participación consciente, en este formar parte – voluntariamente – del eterno juego cósmico, donde descansa el trabajo del verdadero servidor, quien es, realmente, un elemento activo en la secuencia de la manifestación, en la expresión de las leyes y el cumplimiento del Plan.

Aun dentro de nuestra limitadísima vislumbre del Plan, percibimos que El encierra la espiritualización, la perfectibilidad, el retorno a la pureza de un estado original que nos es completamente desconocido e imposible de imaginar, pero cuya inmanencia tiene tal potencialidad, que nos impele a alcanzarlo por encima de nuestra ignorancia y manifiesta inferioridad. Esa potencialidad es nuestra fuerza, y a ella acudimos cuando tomamos la decisión de hollar el sendero de retorno con su implícita vida de servicio. Hollar el sendero es, en realidad, una acción creadora y participativa, una expresión de esa universalidad de la que antes hablábamos. Hollar el sendero es construir el camino hacia la conciencia superior, convertirnos en esa conciencia, utilizarlos, iluminarnos. Es construir una escala para el ascenso hacia el centro del cual hemos emanado.

Este es un trabajo real, efectuado por el “Ser Real,” con elementos reales y propósitos reales; un trabajo subjetivo que ha de gestarse en el mundo de las causas y lo significativo, para precipitarse luego, como efecto, en el mundo de lo concreto, de lo objetivo. Como servidores, es necesario que reconozcamos la importancia fundamental de ese trabajo subjetivo, y con él, el papel de la mente, sus mecanismos de acción, el manejo de la materia mental, la construcción de formas mentales, su vitalización, y la manifestación del pensamiento de manera tal que pueda producirse un efecto acorde con la Ley y en cumplimiento del Plan. El establecimiento de una “Red de Luz” para la revitalización espiritual de la humanidad debe ser visto de esta manera, como un trabajo real, más que como un impulso de aspiración, como la necesaria construcción en materia mental, de un sistema o red de distribución en energías de cualidad vibratoria superior que, en virtud de sus características intrínsecas, tiene la virtud de vitalizar, de estimular hacia estados superiores a aquello que se encuentra en su entramado.

Todo lo que existe descansa en esa red de energía, la energía de Agni, la energía del Fuego Cósmico, manifestada en grados, en una escala cuyo principio y final no podemos concebir. Por ahora sólo tenemos acceso a una ínfima parte de ese espectro, pero la condición en la cual hemos sido creados, encierra la promesa – comprobable – de que algún día lograremos la percepción total.

Cuando penetramos en el mundo sutil con nuestro trabajo mental, vitalizamos esa red, estimulamos su vibración. De allí la importancia de que nuestros pensamientos sean puros y nuestra intención noble, de que actuemos como verdaderos servidores, como elementos de enlace entre el mundo de las almas y el mundo de los hombres, para que el estímulo que provoquemos siga el cauce ascendente que exige la espiritualización en su marcha indetenible hacia la Unicidad, hacia la Síntesis.